



# Las abuelas no lloran

Texto: **Alejandro Mardones**

Ilustración: **Ana Fernández** (@Lusaneartisan)

**T**engo suerte de que ninguno de esos dientes postizos me pilla en el primer mordisco. Me zarandea en la boca tanta saliva, hasta que traga fuerte y caigo rápido por su esófago. Cierro los ojos, intentado no marearme demasiado.

En casa vivíamos tres. La abuela siempre se encontraba ajetreada, subiendo y bajando escaleras, tirando ollas de aquí para allá, cortando, pelando, triturando, lavando, cocinando, salteando, friendo. Mi hermana y yo nos escondíamos debajo de la mesa, buscando hacer el máximo ruido posible para que así la jefa de cocina dejara por unos segundos sus caldos y purés y levantara enérgicamente el mantel que nos escondía.

Alguna frase graciosa, con aquel tono elevado y agudo que tanta gracia nos provocaba. Alguna cosquilla, algún tirón de orejas, y salíamos los dos escopetados, riendo a carcajadas. Entonces cerraba la puerta de la cocina, y a través de esa delicada vidriera incrustada en la madera que nos quedaba justo a la altura de los ojos, si nos poníamos de puntillas, veíamos como manejaba con soltura, casi por medio de la brujería, espátulas y cucharas, cuchillos y trapos, tenedores y saleros.

Guardaba en el estante de más arriba su libro con todas las recetas y nosotros nos acostábamos cada noche soñando con estirar mucho el brazo, agarrarlo con nuestros pequeños dedos y encerrarnos en

el baño a practicar esos hechizos suyos, esos conjuros culinarios, esas fórmulas alquimistas.

Una tarde de fin de semana, sábado, tal vez domingo, cuando no teníamos nada que hacer más que ver la tele o chocar contra los muebles nuestros coches de juguete, nuestros muñecos y nuestros lápices, la abuela nos llamó desde la cocina. El delantal que colgaba de sus hombros y que se ataba a la altura de sus riñones dibujaba una familia feliz. Una casa cuadrada, con su tejado bien puesto, dibujadas algunas de sus tejas. La puerta rectangular, con un pequeño círculo como pomo. Tres figuras formadas por líneas y cabeza redonda hacían de abuela, de nieta y de nieto. No hacía mucho que le habíamos pintado ese delantal, pero ya algunos colores se iban difuminando, algunas manchas se quedaban demasiado incrustadas.

Dijo la abuela, mientras se quitaba los excesos de harina golpeando las manos contra el delantal, que hoy ayudaríamos a hacer la comida. No tardaron en llegar nuestras quejas, pero fueron suficientes unas pocas palabras de la cocinera para que nos laváramos las manos y abriéramos los cajones. Ella iba cantando los ingredientes, los cuencos, las tablas y las especias, y mientras nosotros poníamos patas arriba la cocina buscando cumplir nuestra única misión: ser los mejores pinches que la abuela pudiera tener.

A mi hermana se le daba mejor que a mí. Se ponía con mi abuela detrás, pegada a la encimera, y amasaba con cuidado, rompía los huevos con delicadeza, rociaba tiernamente la comida con aceite de oliva. Yo era más bruto, más perezoso, y ella siempre se encargaba de recordármelo. Que no servía para esto, que le trajera un vaso de agua, que me pusiera a limpiar. Al final, cogía un puñado de levadura y se lo tiraba al pelo, le salpicaba con el grifo, le hacía cosquillas, y volvíamos a correr y a gritar y a reír. La abuela llamaba a la calma, pero no siempre contábamos. Podríamos estar ya en el baño, tal vez en el porche. Saltando, rodando. Pidiéndonos perdón. Abrazándonos.

Para cuando llegué a cogerle a la abuela los tarros de orégano y perejil del estante más alto, para cuando empecé a descifrar esa caligrafía infantil y gorda, mi hermana ya nos había abandonado. Haría unos meses, no más de seis. Seguía ayudando, chocando cacharros de metal, restregando bayetas, pero ya no me escondía bajo el mantel. Había perdido todo interés por la alquimia, no veía los frágiles aromas de los guisos bailar por la cocina y las risas me sabían a poco.

Nos empezamos a dar cuenta de que yo menguaba cuando la abuela me pidió que le alcanzara el libro de recetas y tuve que traer conmigo un taburete y unos equilibrios dignos del circo. Conforme más se impregnaban las paredes amarillas de la cocina de la ausencia de mi hermana, más se encogían mis huesos. Llegaba la noche, me metía en la cama, y me enredaba en las sábanas. Tardábamos horas en prepararnos para el colegio, entre que mi abuela me encontraba en ese laberinto blanco, me buscaba el jersey de hace cinco años y me colocaba el escalón en el baño para que me pudiera lavar los dientes.

Sonaba el timbre y todos los de clase nos aglutinábamos a las puertas del colegio, esperando a madres y padres. Yo tenía que hacer verdaderos esfuerzos para que alguna de mis manos sobresaliera por esa cantidad de cabezas cubiertas de pelos oscuros y cortos, esos polos anchos que me escondían de mi abuela. Bajábamos Santa Ana y nos sentábamos en los bancos de la plaza del Reina Sofía. Me tomaba mi zumo y mi donut mientras movía con gracia mis pies que colgaban. Hablábamos un poco del colegio, de los exámenes, de cómo me quedaban tan solo tres años, y como siempre acabábamos preguntándonos por mi hermana.

Si ella se hubiese hecho tan bajita si yo me hubiera ido, si por el contrario habría crecido tanto que no habría cabido en casa. Al menos, con esto de mi disminuir, la abuela no tenía que abandonar su dulce cocina. Dulces los pomos, las ventanas, los azulejos, la pila, ella. Ya cuando los niños se rozaban demasiado las rodillas, cuando el balón se había pinchado, cuando caía el sol, se levantaba el fresco y eran llamados a recoger sus chaquetas y sus mochilas, ya cuando la plaza se iba vaciando y nosotros nos quedábamos solos, afloraba la misma pregunta cada tarde: ¿dónde estaría mi hermana?

Con un movimiento lento y sufrido, con la cadencia de aquel que toca las últimas notas de su violín, la abuela se acercaba la mano al pecho y a la altura del corazón se agarraba fuerte la blusa. Se le caía un pesado suspiro y yo trataba de recogerlo con un pequeño abrazo, sin llegar a poder rodearla del todo. Posaba mi mano derecha sobre su corazón y aguantaba la respiración, esperando notar alguna llamada de mi hermana.

Llegó un momento en el que me tuvo que empezar a coger en brazos para subir las escaleras del Mercado de la Cebada. Mis piernas, tan cortas, ya no me permitían dar esos pasos de gigante. Hacíamos la compra todas las semanas ahí. Si no había mucha gente, jugaba con la abuela y me subía a las ba-

randillas que usaba de tobogán. Quise aprenderme el nombre de todos aquellos vendedores a los que les comprábamos la fruta, la verdura, el pescado, las legumbres.

Agitaba mi ya diminuta mano subido a sus hombros, apoyando los muslos sobre la chaqueta morada con hombreras de mi abuela y me contestaban con un afectuoso saludo, con unas cálidas palabras, algunos jugaban conmigo y me ponían el puño para que chocara con mis dos manos bien abiertas. De vez en cuando nos preguntaba uno, despistado, por mi hermana. Que cuándo se pasaría a saludar, que dónde estaba. Entonces la abuela y yo nos mirábamos con ese brillo de complicidad ya desbordándonos los ojos y nos llevábamos la mano al corazón. Recorríamos las plantas hasta que tachábamos todos los nombres de la lista en papel que llevaba ella en el bolso.

Una de aquellas tardes, cuando nos tocaba coger el carrito y recorrer todos los pasillos del mercado, me perdí. Fue un golpe tonto. Alguien iría con prisa, no llegaría a la comida que tenía preparada, a lo mejor todavía le faltaba por cocinar algún plato. El caso es que chocó con mi abuela. Yo aún paseaba cogido de su mano, ya no tanto por la edad, pues me hacía mayor, sino por mi altura, que no hacía más que encogerse. Puede que mi barbilla rozara con la cadera de mi abuela, incluso con su rodilla. Fue en ese caos de gente, en ese tropiezo, cuando solté sin querer su arrugada mano, caí al suelo y la perdí de vista.

En seguida me incorporé, con miedo a que algún desafortunado zapato cayera sobre mí. Alguien podría golpearme con la cesta de la compra, atropellarme con el carrito. Corrí, con mis delgadas y cortas piernas, en línea recta. Buscaba desesperadamente a una mujer mayor, de pelo blanco, corto, rizado, chaqueta verde terciopelo, tacones bajos de color negro, desgastados, una falda estampada con flores. Por más que gritaba desde abajo nadie lograba escucharme. Tiraba de sus bajos, les deshacía los cordones de los zapatos, solté algún puñetazo contra sus espinillas. Solo recibía aquel ocasional chasquido de lengua, una leve agitación de la pierna, pero nadie reparaba en mí. Nadie hasta que escuché aquel gruñido. La cuerda aún estaba floja, atada a un collar sencillo, del que colgaba una medalla dorada en forma de hueso donde se podía leer «ROCKY». El perro enseñaba los dientes de forma amenazante, casi podría haberlos contado todos, casi podría haber adivinado que había desayunado la bestia.

Me quedé congelado, las rodillas me tiritaban, mis más que pequeñas palmas no dejaban de sudar y

un microscópico nudo en la garganta no me permitía pedir ayuda. Fue cuando la saliva del perro golpeó contra el suelo que salió corriendo a por mí, pasando por debajo de las piernas de los transeúntes, golpeando bolsas de plástico repletas de melocotones, limones y manzanas, volcando cestas que exponían el género de los distintos vendedores. Yo no pude hacer otra cosa que tumbarme en el suelo y hacerme un ovillo, una pequeña mancha, una pelusa de tamaño mediano. Ya sentía el aliento caliente y húmedo del animal, cuando algo me hizo despegarme del charco de lágrimas que había dejado sobre el suelo del mercado, cuando una mano firme me agarró del torso y me llevó rápido contra su pecho. Los huesudos dedos de la abuela me secaron los ojos y sus carnosos y rojos labios me prometieron que jamás se volvería a separar de mí.

Pasó el tiempo y el carro dejó de llenarse como antes, yo ya era diminuto y no comía casi nada. No eran pocas las veces, melancólico sobre un paquete de yogures, que recordaba, a mi hermana y a mí, empujando el mismo carrito por ese suelo pulido y gris del mercado que tan rápido nos hacía deslizarnos. El peso guiaba y nosotros nos dejábamos llevar hasta que un adulto nos paraba de frente o hasta que la abuela nos agarraba el cuello del uniforme en el último momento.

Fue hace una semana, cuando ya habíamos saludado a todos, cuando ya habíamos bajado y subido todas las escaleras, cuando ya habíamos arrugado la lista de la compra, que me fui a sentar dentro del carro, junto a los puerros y a los tomates, y me caí por uno de esos agujeros que dejaba la malla metálica. Habían pasado siete años desde que mi hermana no estaba. Mi tamaño empezaba a ser preocupante. La abuela me llevaba metido en el monedero, y no eran pocas las veces que se me confundía por una moneda de cincuenta céntimos. Aquellos hombres fornidos de los puestos, aquellas mujeres con los dedos anchos y llenos de rozaduras, se reían conmigo mientras mi abuela todavía se recomponía del susto.

Cuando íbamos con algo de prisa, el aire rápido me hacía elevarme y me llevaba con él. Si iba en su bolsillo del pantalón, botaba y botaba hasta dejar mi espalda dolorida y ya en casa, con una precisión milimétrica, me cosía las ropas rasgadas.

Esta tarde hemos hecho rosquillas y la abuela me ha confundido con una ralladura de limón. Tal vez la luz no fuera muy buena, tal vez estuviera despistada. Tan sólo me recuerdo a mí saltando alegremente sobre esa larga lámina de acero con agujeros que

era el rallador y de repente un movimiento abrupto. La abuela ha tenido que agarrar las tiras amarillas de un puñado y echarlas directamente a la mezcla. Ha batido rápido, con una fuerza sorprendente para su edad. Ha hundido su dedo en la masa y he conseguido agarrarme a uno de sus padrastrós. Se lo ha llevado a la boca y aquí me encuentro, deslizándose rápido por el esófago, con los ojos cerrados, intentando no marearme demasiado.

El interior es oscuro, húmedo, y me viene a la mente la ausencia de un recuerdo, me doy cuenta de que nunca he visto llorar a mi abuela. Las lágrimas deben brotar hacia adentro, haciendo de su cuerpo una cueva repleta de estalactitas. Solo una tenue luz alumbra todo este espacio de nieblas y charcos, ahí arriba, a la derecha. Trepo como puedo, sin clavar muy fuerte las uñas, y noto como los músculos se contraen allí fuera, retumban las carcajadas y la abuela se contorsiona a causa de las cosquillas. El líquido de la pena rellena todo tipo de volúmenes.

Cuando mi hermana desapareció, consiguió colarse ese sentimiento por los poros de mi piel, adueñándose del calcio y de la sangre. Me fue haciendo cada vez más y más pequeño. A mi abuela tuvo que ahogarla, tuvo que aprisionarla. Se le quedó agarra-

da al cuello, como bufanda que aprieta, cerrando el grifo, impidiéndola llorar.

Consigo alcanzar el corazón con enormes dificultades y me tumbo. Late con calma. No se llega a parar, pero parece reservar las fuerzas para el día en el que las pierda. Tal vez lleve años así. Noto una frescura desconcertante esconderse por entre mis dedos, como cuando nos tirábamos al jardín trase-ro y jugábamos con el césped, vestíamos muñecos con los hierbajos, nos cosíamos coronas verdes. A mi hermana siempre le habían llamado la atención las flores y era raro el día en el que no se paseaba con una recogiendo el pelo tras la oreja.

Me incorporo y veo al final de uno de los ventrículos una pequeña margarita que brota con rabiosa vitalidad. Voy a agarrarla con delicadeza cuando resbalo y me precipito al vacío. La mucosidad de jardinería me hace patinar y no consigo posarme sobre nada firme. Un brazo blanco y largo me rescata en el último momento y me giro. Me encuentro con mi hermana, quien lleva todos estos años desaparecida viviendo en el corazón de mi abuela. Me abraza con cuidado de no hacerme daño y notamos como la caja torácica que nos rodea se constriñe levemente. La abuela se ha llevado ambas manos al pecho y llora. ■